las muchas riquezas que contenia, y una preciosa biblioteca, al furor y codicia de sus rebeldes vasallos; que quemando, destruyendo y robándolo todo, sin que nadie lo impidiese, volvieron á su aldea satisfechos y triunfantes, pero pesarosos de no haberse llevado consigo la cabeza de su señor.

Tambien hubo dos distintas asonadas harto cómicas. Las mujeres del populacho más soez se reunieron, recorrieron armadas y voceando las calles y plazas, y se dirigieron al monte de piedad, para exigir que se aboliesen ciertos artículos del reglamento, que siendo favorables á las ropas buenas y á las joyas que empeñaban los ricos, perjudicaban á los harapos y miserias que empeñaban los pobres; y pedian, á favor de estos efectos de ningun valor, la preferencia. El director del establecimiento, hombre sagaz y de sangre fria, les abrió las puertas y las calmó con buenas razones y con oferta de servirlas. Con lo que se retiraron muy ufanas y contentas, cantando victoria, y celebrando su soñado triunfo. – La otra asonada la hicieron los mendigos de la ciudad contra los frailes cartujos. Repartia aquel monasterio á su puerta un dia de la semana ciertas limosnas de una obra pia, fundada por la famosa reina Juana; y los que la recibian, no queriendo incomodarse en subir por ella á la cartuja, fundada en un cerro junto al castillo de Santelmo, exigieron que se les diese en la plaza del Mercado. Resistiendo los cartujos está inconsiderada exigencia, los interesados trataron sin más ni más de hacerla efectiva por la via de las armas. Y se vieron aquel dia trepar por aquellos agrios recuestos á más de mil pobres ciegos, cojos, mancos y tullidos, armados de garrotes y de algunas alabardas y arcabuces, amenazando incendiar el monasterio y pasar á cuchillo á los monjes. Y eran tales sus bravatas y ademan resuelto, que los religiosos cerraron las puertas, y pidieron socorro al vecino castillo. Mas tomó tanto cuerpo el ataque con los valedores y amigos de aquella inmunda canalla, que tuvieron que salir dos monjes con buenas razones y prudentes ofertas á calmar á los amotinados: volviendo estos á la ciudad muy contentos con la muestra de su valentía (1).

Pero cuando volvió á aparecer la sublevacion en toda su fuerza, y amenazadora y terrible, fué el 29 de julio. Atravesando á primera mañana la plaza del Mercado el electo del pueblo Francisco Arpaya, fué llamado aparte con gran recato por Genaro Annese, que ya empezaba á darse tono de sucesor de Masanielo, y por un tal Vanno Panariello, jefe popular de mucha valía. Y le dijeron que el pueblo habia sido completamente engañado, porque al leerle las capitulaciones juradas, habian dejado en silencio muchas frases de los artículos, cual aparecian impresos, y que echaban abajo ó anulaban las disposiciones más importantes. Que por fortuna, hasta entónces nadie habia reparado en ello; pero que si no se remediaba pronto tan insigne mala fe, ellos serian los primeros en publicar la indigna supercheria, y en excitar á los napolitanos á hacerse por sí mismos pronta y cumplida justicia. Hízose de nuevas el electo, respondiéndoles que no encontraba motivo para aquella desconfianza, y Annese y Panariello le mostraron un ejemplar impreso de la capitulacion, y en el artículo que disponia la abolicion total de las gabelas y contribuciones, no existentes en tiempo del emperador Cárlos V, la cláusula siguiente: *exceptuándose aquellas que estuviesen arrendadas á particulares;* con lo que ciertamente, estándolo todas, quedaba invalidado y sin efecto lo pactado en tan importante artículo. Desconcertóse el electo, y aseguró que era yerro de imprenta, y que faltaba un *no*, que habia sin duda en el original, ántes de la palabra *exceptuándose.* Fueron los tres incontinenti á la imprenta para asegurarse, y el impresor, con los manuscritos á la vista, demostró que habia estampado con toda exactitud. Arpaya entónces ofreció hablar al instante al Virey, para que se deshiciese la equivocacion, y rogó á Annese y á Panariello que no lo divulgasen. Sobrevino en esto á hablar del mismo asunto un clérigo revoltoso, llamado don Onofre Jacutio, el que, cuando los otros se apartaron aparentemente satisfechos, y se vió solo con el electo, le exigió que se le diesen reservadamente dos mil cequíes por guardar el secreto. Rechazó aquel la proposicion sin agraviar al clérigo, y fué á dar parte de todo al Duque, no dudando que la noticia iba muy pronto á difundirse por el pueblo y á producir funestísimos resultados (2)

Perplejo como siempre el Virey, y desconociendo, á pesar de tan repetidos escarmientos, que cuando es forzoso hacer concesiones al pueblo alborotado, es mejor hacerlas en los primeros momentos, cuando aun las pide de rodillas y como gracia, que despues cuando las exige con las armas en la mano y como derecho, entró en consultas dilatorias y evasivas, diciendo: que no podia arruinar así de una plumada á más de cincuenta mil familias interesadas de antiguo en los arriendos de impuestos y gabelas. La razon era ciertamente poderosa, pero no aquel el momento oportuno de darle valor. Pues aunque es un principio de justicia que todos los derechos adquiridos son respetables, y que si están acaso fundados en abusos que necesitan de reforma, debe ésta hacerse poco á poco y con mucho pulso, cuidando de indemnizar á los poseedores de buena fe, y de subsanar intereses creados bajo el amparo de leyes buenas ó malas, y con la sancion respetable de la costumbre inveterada; las circunstancias eran en extremo ejecutivas y no para andarse en miramientos. La abolicion terminante y completa de aquellas cargas, habia sido la condicion primera del avenimiento: condicion acordada, aceptada y jurada. No podia ya volver al campo de la discusion; y buscar medios arteros para no hacerla efectiva, era un perjurio, una muestra insigne de mala fe, que debia producir funestísimos resultados; un medio seguro de reanimar y de justificar un incendio tan mal apagado, y que aun podia, como se verificó, reaparecer más voraz, más terrible y de más trascendentales consecuencias. Estas reflexiones fueron expuestas al duque de Arcos por el Cardenal arzobispo, por algunos consejeros, y por muchas personas sensatas; pero él, sin negar su valor, no les dió la pronta acogida que en aquellos críticos momentos debia haberles dado; y con sus respuestas evasivas, y con sus medios dilatorios, dió tiempo á que, publicada la supercheria, se alarmara toda la ciudad. Pues resonando en toda ella el grito de traicion, acudió furiosa á las armas para reclamar con ellas la validez de la capitulacion, no cual andaba impresa, sino cual se habia leido al pueblo en la catedral.

Llenóse la plaza del Mercado de furibundo gentío, que á palos y pedradas dispersó á los picapedreros y marmolistas que trabajaban en las lápidas que deberian colocarse allí con los artículos de la avenencia. Y quisieron hacerlos pedazos, llamándolos falsarios y engañadores (3); apareciendo la sublevacion tan general. tan poderosa, tan embravecida, cual lo estaba ocho dias ántes, cuando tenia á su cabeza, como supremo dictador, á Masanielo.

El duque de Arcos hizo entónces lo que siempre, refugiarse en las murallas de Castelnovo, y enviar emisarios al pueblo con excusas y con todo género de concesiones. Mas nada consiguió: la general desconfianza rechazaba con indignacion las ofertas de la depravada autoridad, é insultando á sus mensajeros dificultaba todo acomodo. Y el motin tomó un aspecto imponente y aterrador. Pero presentóse á caballo en medio de las acaloradas turbas el príncipe de la Rocca, sobrino del Cardenal, y nombrado por su influjo superintendente de abastos; y como era muy bien quisto de los napolitanos todos, logró que lo escuchara y atendiera la muchedumbre. Y calmándola poco á poco con buenas y concertadas razones, y esforzando la disculpa de que todo era error involuntario de los copistas, hijo de la premura del tiempo y de la precipitacion con que se escribieron las capitulaciones, consiguió persuadir al pueblo, que nombrase una persona de su confianza que se entendiera con él para corregir el artículo en cuestion, y de un modo tan claro y terminante que no diese lugar á dudas ni á siniestras interpretaciones. Fué inmediatamente nombrado por la multitud el mismo clérigo Jacutio, el que entró con el príncipe en la iglesia del Cármen para arreglar el negocio.

Pronto se pusieron ambos de acuerdo, redactando el artículo de nuevo, expresando en él terminantemente la abolicion de todos los impuestos, y *particularmente de los arrendados.* – Salió el clérigo á dar parte de este arreglo á la multitud. Pero recibió tantas nuevas enmiendas y adiciones por escrito, para añadir más seguridades y dar más claridad, no sólo á aquel artículo, sino á todos los demás de la capitulacion que ofrecian algun sentido dudoso, que volvió á entrar en la iglesia y á conferenciar más largamente con el príncipe de la Rocca. No tardaron tampoco en entenderse, conociendo este que era preciso contemporizar. Y saliendo ambos á la plaza y asociándose á un tal Gregorio Accietto, mercader de sedas, muy estimado del pueblo napolitano, fueron en diputacion á presentar las nuevas exigencias al Virey.

Recibiólos este con la más fina cordialidad; y haciendo exageradas protestas de su buena fe, y de su deseo de lo mejor, accedió sin el menor reparo á las enmiendas y considerables variaciones que le presentaron. Y adoptándolas todas, firmándolas inmediatamente y sin la menor dificultad, mandó reimprimir sin tardanza con ellas las capitulaciones, dando por nula y de ningun valor la edicion publicada. Con lo que despachó contentísimos á los diputados de la sublevacion, encargándoles asegurasen al pueblo que sólo deseaba afianzar su felicidad (4).

El príncipe, el clérigo y el sedero tornaron al Mercado, donde los esperaban las armadas turbas, ya cansadas de su propia inaccion; y que enterándose de que quedaban completamente complacidas, se dispersaron en alegres grupos por la ciudad.

CAPITULO III

La costumbre de reunirse y de alborotarse era ya segunda naturaleza en el populacho napolitano; y parecia que andaba solícito en busca de ocasiones para ejercer su terrible propension. Y como no faltaban ciertamente pretextos ni personas inquietas, animadas con la impunidad, que exaltaran los ánimos tan bien dispuestos, raro era el dia en que no apareciese la asonada y en que no se alterase de un modo ó de otro la pública tranquilidad.

Uno de los primeros de agosto se reunió el pueblo armado en la plaza del Cármen, foco permanente de la sublevacion, y resolvió atacar las casas públicas de juego. Asaltólas efectivamente con gran algazara, se apoderó del dinero que encontró en ellas, apaleó y maltrató á los jugadores y prendió fuego á los edificios; y como un siciliano, hombre de corazon, que era dueño de uno de ellos, se presentase decidido con una alabarda en la mano á defender su propiedad particular, y el disgusto de la nobleza, se dejan discurrir.

Deseoso, en fin, de presentar algun escarmiento, negoció con los jefes populares de su devocion, que prendieran, como de motu propio, y les acusaran como infractores de la capitulacion, á algunos de los que habian dirigido los últimos saqueos é incendios de las casas de juego y del palacio Caramanica. Y á dos que le llevaron, los mandó inmediatamente ahorcar, sin más ni más, á la puerta de Castelnovo. Estas ejecuciones causaron por lo pronto buen efecto, haciendo profunda impresion en el populacho, que á palos y pedradas dispersó á los ajusticiados, empezaron á decir los más audaces: – *Así hará el Virey poco á poco con todos nosotros;* – palabras que, repetidas, cundieron con rapidez, y empezaron á notarse síntomas de indignacion y anhelo de prevenir el peligro. Súpolo el Virey, y mandó inmediatamente colocar en el pecho de los ahorcados un cartel con gruesas letras, que decia: *Arrestados y acusados por el fidelísimo pueblo por haber faltado á la capitulacion, incendiando y saqueando sin licencia del Virey ni órden de los jefes populares, han sido juzgados y condenados á muerte por este delito:* con lo cual se calmaron los ánimos y se deshizo instantáneamente la multitud (1).

Tambien amanecieron ahorcados en el mismo lugar, con sus correspondientes carteles aclaratorios, un fraile capuchino apóstata, espía de los franceses, un cochero, ladron, y un soldado español, que habia matado de un tiro á un paisano: ejecuciones todas que fueron muy aplaudidas (2).

El dia siguiente se alteró la gente de Lavinaro, y fué armada á pedir la libertad del hermano de Masanielo, que suponia preso en Castelnovo, y que muchos creian ejecutado secretamente en el calabozo. Y el duque de Arcos, contra su costumbre, afrontó el motin, se negó decididamente á complacerlo, y dijo resuelto á aquellos furiosos: que el hombre cuya libertad pedian no estaba en Castelnovo, sino en Gaeta; mas, que aunque estuviera en el castillo, de ningun modo se lo entregaria. Entereza que deshizo el motin sin más resultas (3), dando á conocer cuánto, usada á tiempo y cuerdamente, hubiera podido conseguir y evitado.

Pero por más que el duque de Arcos quisiera manifestar carácter, y que podia ser verdadero Virey, tomaba ya tarde tan buena resolucion. Su constante debilidad anterior lo tenia harto desacreditado, y con ella habia cobrado demasiada osadía el movimiento popular, para que pasajeros alardes de fuerza y de inoportuna energía consiguieran resultados estables y positivos. Así que los conspiradores no dejaban de entenderse entre sí y de prepararse á más formales empresas. Y los jefes é instigadores de la permanente sublevacion, soplando y manteniendo vivo el fuego nunca apagado, combinaban un vasto plan, para que apareciera pronto cual nunca terrible y amenazadora, y con objeto más grande y de mayor importancia. No faltando ya en los conciliábulos y clandestinas reuniones agentes de Francia con instrucciones y dinero del marqués de Fontenay, embajador del Rey cristianísimo en Roma, el cual desde los primeros momentos de la sublevacion, acechaba el oportuno para apoderarse de ella y dirigirla á su provecho.

Dispúsose pues en secreta conjura de los más osados el dar un golpe decisivo el dia de la Vírgen de Agosto, solemnísimo en Nápoles, apoderándose en un solo punto y en un solo momento del Virey, de su familia y de los generales, consejeros y altos funcionarios españoles. Para lo cual resolvieron convidarlos á todos en nombre del pueblo, á la funcion solemne que debia celebrarse en la catedral. Encargóse de hacer el convite el electo Francisco Arpaya, deseoso sin duda de restablecer con los conjurados su opinion, un tanto lastimada por

(I) De Santis. – Raph. de Turris.
(2) De Santis. – Raph. de Turris.

(3) De Santis. – Raph. de Turris.
(4) Comte de Modéne. – De Santis.

(5) De Santis. – Raph. de Turris.
(6) De Santis.
(7) De Santis. – Capecelatro, MS.
(8) De Santis.
(9) De Santis. – Raph. de Turris. – Capecelatro, MS.

das, y aquellos vinieron ya tarde. Trató pues, aunque con mal efecto, de dar nueva organizacion á las armadas turbas populares, mudando los cabos, que á su manera las gobernaban. Pero nombró, con malísima eleccion, personas poco gratas al pueblo, y como tales de ninguna influencia, y que al mismo tiempo ofrecian poca seguridad de buena fe; pues hizo teniente de maestre de campo á Onofre Caffiero de Santa Lucía (en cuya casa se creyó, como dejamos dicho, envenenado á Masanielo), y á Salvador Baroni, vecino del barrio de Mortelle (que se susurraba habia tenido parte en su muerte); con lo que se disgustó la ciudad toda, viendo hombres tan sospechosos tan altamente colocados: bien que ellos supieron muy pronto restablecer su opinion con el populacho muy aventajadamente. Publicó tambien el Virey varios bandos prohibiendo de nuevo saqueos é incendios; y uno muy notable y de perversas consecuencias, previniendo á los pueblos de señorío, que le presentaran las quejas que tuviesen contra sus señores, seguros de que les haria justicia. Las alas que dió semejante disposicion á los lugares de propiedad particular, y el disgusto de la nobleza, se dejan discurrir.

Deseoso, en fin, de presentar algun escarmiento, negoció con los jefes populares de su devocion, que prendieran, como de motu propio, y les acusaran como infractores de la capitulacion, á algunos de los que habian dirigido los últimos saqueos é incendios de las casas de juego y del palacio Caramanica. Y á dos que le llevaron, los mandó inmediatamente ahorcar, sin más ni más, á la puerta de Castelnovo. Estas ejecuciones causaron por lo pronto buen efecto, haciendo profunda impresion en el populacho. Pero á poco rato, agolpándose la gente á ver á los ajusticiados, empezaron á decir los más audaces: – *Así hará el Virey poco á poco con todos nosotros;* – palabras que, repetidas, cundieron con rapidez, y empezaron á notarse síntomas de indignacion y anhelo de prevenir el peligro. Súpolo el Virey, y mandó inmediatamente colocar en el pecho de los ahorcados un cartel con gruesas letras, que decia: *Arrestados y acusados por el fidelísimo pueblo por haber faltado á la capitulacion, incendiando y saqueando sin licencia del Virey ni órden de los jefes populares, han sido juzgados y condenados á muerte por este delito:* con lo cual se calmaron los ánimos y se deshizo instantáneamente la multitud (1).

Tambien amanecieron ahorcados en el mismo lugar, con sus correspondientes carteles aclaratorios, un fraile capuchino apóstata, espía de los franceses, un cochero, ladron, y un soldado español, que habia matado de un tiro á un paisano: ejecuciones todas que fueron muy aplaudidas (2).

El dia siguiente se alteró la gente de Lavinaro, y fué armada á pedir la libertad del hermano de Masanielo, que suponia preso en Castelnovo, y que muchos creian ejecutado secretamente en el calabozo. Y el duque de Arcos, contra su costumbre, afrontó el motin, se negó decididamente á complacerlo, y dijo resuelto á aquellos furiosos: que el hombre cuya libertad pedian no estaba en Castelnovo, sino en Gaeta; mas, que aunque estuviera en el castillo, de ningun modo se lo entregaria. Entereza que deshizo el motin sin más resultas (3), dando á conocer cuánto, usada á tiempo y cuerdamente, hubiera podido conseguir y evitado.

Pero por más que el duque de Arcos quisiera manifestar carácter, y que podia ser verdadero Virey, tomaba ya tarde tan buena resolucion. Su constante debilidad anterior lo tenia harto desacreditado, y con ella habia cobrado demasiada osadía el movimiento popular, para que pasajeros alardes de fuerza y de inoportuna energía consiguieran resultados estables y positivos. Así que los conspiradores no dejaban de entenderse entre sí y de prepararse á más formales empresas. Y los jefes é instigadores de la permanente sublevacion, soplando y manteniendo vivo el fuego nunca apagado, combinaban un vasto plan, para que apareciera pronto cual nunca terrible y amenazadora, y con objeto más grande y de mayor importancia. No faltando ya en los conciliábulos y clandestinas reuniones agentes de Francia con instrucciones y dinero del marqués de Fontenay, embajador del Rey cristianísimo en Roma, el cual desde los primeros momentos de la sublevacion, acechaba el oportuno para apoderarse de ella y dirigirla á su provecho.

Dispúsose pues en secreta conjura de los más osados el dar un golpe decisivo el dia de la Vírgen de Agosto, solemnísimo en Nápoles, apoderándose en un solo punto y en un solo momento del Virey, de su familia y de los generales, consejeros y altos funcionarios españoles. Para lo cual resolvieron convidarlos á todos en nombre del pueblo, á la funcion solemne que debia celebrarse en la catedral. Encargóse de hacer el convite el electo Francisco Arpaya, deseoso sin duda de restablecer con los conjurados su opinion, un tanto lastimada por los empleos lucrativos repartidos entre su familia. Y como la decision se tomó precipitadamente la mañana misma de la fiesta, esto es, en la madrugada de la Asuncion, fué muy temprano á palacio á desempeñar su solapada comision. Escamó al Duque tanta premura en convidarlo, y tanto empeño en que llevara séquito tan numeroso. Y despues de pensar mucho lo que le cumplia hacer, se determinó ir solo á la iglesia, como lo verificó, disculpando á la Vireina con que en tan corto tiempo no habia podido disponerse y ataviarse, y á los generales y autoridades con perentorias ocupaciones y con la dificultad de que les hubiese llegado á tiempo el aviso del convite.

Desconcertó esto á los directores de la intentona. Pero como el Virey asegurase á todos sin afectacion, que aquella tarde asistiria á las vísperas con su familia y con todo el séquito convidado, resolvieron dilatar algunas horas el golpe, teniéndolo por seguro. Concluida la misa volvió el Duque á palacio con graves sospechas de la encubierta trama, ya por los semblantes que habia observado en la iglesia, ya por las palabras sueltas que habia cogido al vuelo. Y puso sin demora en actividad todos los medios de espionaje que tenia en la mano. Estos, y una delacion espontánea que recibió muy oportunamente de uno de los conjurados, le descubrieron el riesgo que acababa de correr, y cuanto se intentaba aquella tarde. No estuvo entónces ciertamente tan perplejo é irresoluto como solia. Llamó sin perder momento á los jefes populares de toda su confianza, y de acuerdo con ellos, prendió á los cabezas de la trama, los que, confesando en el tormento su proyectado crímen, y descubriendo todo el plan, fueron inmediatamente ahorcados, y sus cadáveres expuestos á la puerta del castillo (4).

La actividad, acierto y energía que demostró entónces el Virey, y que tanto hubieran aprovechado ántes y despues, y la rapidez de las ejecuciones, consternaron á la ciudad toda, y asombraron á la masa popular, que ignoraba la conjuracion aquella, pero que la hubiera sostenido sin duda en cuanto hubiera estallado. Deshízose la borrasca, pero quedando las nubes en el horizonte dispuestas á reunirse de nuevo á la primera ocasion.

CAPITULO IV

Julio Genovino, tipo verdadero de los instigadores de motines y asonadas, veía con impaciencia que se le retardaba el pago de sus importantes servicios, y reclamaba el cumplimiento de las ofertas que se le hicieran cuando, verdadero director del espíritu de las turbas, y oráculo de Masanielo, podia él solo, si no calmar la sublevacion, darle el rumbo más favorable á los intereses del gobierno, como lo habia hecho; tanto predicando continuamente lealtad y obediencia al rey de España, cuanto reconociendo como válido el privilegio de Cárlos V; oponiéndose despues á la peticion de ocupar el castillo de Santelmo, y últimamente preparando la ruina y perdicion del pescadero. El duque de Arcos le aseguraba continuamente que podia contar con el destino ofrecido; pero que dilataba darle el título correspondiente, temeroso de que iba á desacreditarlo y á echar por tierra toda su influencia, de la que aun tanto necesitaba, estando en pié la sublevacion. Mas fueron tan reiterados los esfuerzos del viejo, en quien la ambicion, como acontece, pudo más que la sagacidad, que al cabo el Virey le dió el nombramiento y posesion de la presidencia del tribunal de la Sumaria, siendo el resultado el que se habia previsto: esto es, que Genovino, descubierto su juego, perdió completamente la popularidad (5).

Habia este clérigo-magistrado conseguido del Virey (para restablecer un tanto su influencia con la clase de tejedores de seda, que era numerosa) una descabellada órden para que cuanta llegase á los almacenes de la ciudad no pudiera salir de ellos, ni consumirse más que en sus fábricas, sin poder surtir los otros telares de las provincias. Y los tratantes y mercaderes reclamaron inmediatamente contra una disposicion tan perjudicial á sus intereses, y que los sujetaba á la merced de unos cuantos fabricantes de la capital. Y presentaron una demanda en justicia, y se entabló litigio en forma, entre mercaderes y tejedores. Veíase el pleito y debia darse la sentencia en un tribunal de que era presidente Fabricio Cenamo, que, como dejamos referido, fué uno de los perseguidos por el populacho en los primeros dias de la sublevacion, quemando su palacio y sus riquezas. Causa por la cual los abogados de ambas partes lo recusaron, apoyados en el artículo de la capitulacion en que se establecia que ninguno que hubiese incurrido en el odio popular, y sufrido incendio en los anteriores trastornos, pudiera ejercer en lo sucesivo ningun cargo público. El recusado trató de probar, para mantener el puesto, que no habia incurrido en el desagrado del pueblo, y que las persecuciones y daños padecidos habian sido venganzas de enemigos particulares, que obraron de por sí y sin órden de Masanielo, ni de los jefes populares. Y Julio Genovino le dió una certificacion firmada por él y por otros de sus allegados, asegurándolo así. Andaba este documento con sobrada confianza de mano en mano para aumentar las firmas, y vino á caer en las de un tal Horacio Rosseto, conocido con el apodo de Razullo, capitan del barrio de la Zecca, y enemigo acérrimo del hoy presidente de la Sumaria y ayer consejero del fidelísimo pueblo y director de Masanielo. Y en un numeroso corrillo de gente bien dispuesta leyó en alta voz aquel documento, glosándolo luego con acritud, y llamando á boca llena traidores á los que lo habian firmado. Creció la multitud que lo circundaba, y él cada vez más enardecido, manifestó que con tales certificados volverian los mayores enemigos del pueblo á los altos empleos, donde saciarian sin freno sus venganzas. Que con tales certificados se anulaban todos los artículos de la capitulacion, y volvia la ciudad á caer en la más pesada servidumbre; y por último, que con tales certificados quedaria el pueblo infamado y tratado de ladron, calificadas de venganzas personales sus justicias, y triunfantes los funcionarios prevaricadores, que habian tan justamente incurrido en el odio universal. Las palabras de Razullo hicieron su efecto, y creciendo rápidamente la masa popular, corrió indignada, detrás de él, á asaltar el tribunal.

Era el dia 21 de agosto, y estaban en él Genovino y Cenamo tratando justamente del pleito de la seda, cuando recibieron aviso del Virey de que se dirigia el pueblo amotinado contra ellos, y órden de cerrar el tribunal. Pusiéronse inmediatamente ambos en salvo, y cuando llegó la turba atropellando é incendiándolo todo, se encontró sin las víctimas designadas, acrecentando la fuga de éstas la indignacion popular.

Capitaneado siempre por Razullo, se dirigió el pueblo, que á cada paso se reforzaba con pelotones de gente que llegaban al alboroto, desde el tribunal á la plaza de palacio, pidiendo en altas voces y descompuestos gritos al Virey los dos fugitivos (6), creyéndolos refugiados en Castelnovo. Procuró el duque de Arcos con benignas palabras y benévolos ademanes conjurar aquella tormenta, y calmar los ánimos, manifestando á todos que ignoraba el paradero de los dos presidentes. Mas creciendo la multitud y poniéndose en armas toda la ciudad, Salvador Baroni, deseoso de ganar crédito, á la cabeza de los amotinados del barrio de Mortelle, atacó de motu propio la plaza de los Angeles, y el importantísimo puesto de Pizzo-falcone. Guarnecíalo el tercio viejo de Nápoles, al mando del maestre de campo don Próspero Tuttavilla, y aunque sorprendido, se puso en defensa. Pero como al mismo tiempo Onofre Caffiero con la gente del barrio de Santa Lucía se apoderase del puesto de la Cruz y del convento de San Luis, dándose la mano con Baroni, y reforzando su ataque, no pudieron sostenerse las tropas napolitanas, y se replegaron no sin dificultad y pérdida al palacio. Los sublevados se apoderaron de el del duque de Ascoli, del cuartel de los Alemanes y de la punta de Trevico, que domina al castillo del Ovo.

Estas ventajas del pueblo, conseguidas tan fácilmente por el arrojo de dos hombres, y la espantosa gritería de la plaza de palacio, henchida de sublevados, que pedian, no sólo á Genovino y á Cenamo, sino tambien al hermano de Masanielo, obligaron al Virey á tomar su disposicion favorita: esto es, á refugiarse con toda su familia en Castelnovo, encargando á su guardia que no exasperase al pueblo, y que no provocase un conflicto.

Ignorando las turbas que ya el Virey se habia puesto en salvo, continuaban con furor creciente sus gritos y amenazas; y desesperados de hallar satisfaccion, empezaron á apedrear el puesto de la guardia tudesca. Viendo los soldados que los dejaban allí como abandonados á los insultos del populacho, y que iban á ser arrollados, trataron de defenderse, á pesar de la terminante órden que habian recibido, é hicieron una descarga de mosquetería. Cayeron muertos sólo dos hombres del pueblo, porque la multitud al ver calar las cuerdas se arrojó repentinamente en tierra para evitar el efecto de las balas. Esto pareció á los que estaban más léjos, que era el que la descarga habia tenido completo efecto, haciendo un incalculable destrozo. Y en vez de acobardarlos, los irritó á tal punto que arremetieron furiosos el palacio, miéntras algunos, los más cobardes, corrieron á dar la equivocada noticia á los barrios más apartados, y á llamar á la venganza á toda la ciudad. Hízose instantáneamente general el movimiento, y empezó la más horrenda matanza de españoles que puede discurrirse, asesinando á cuantos hallaron desperdigados por todo Nápoles (7). Hubo napolitano que mojó pan en la caliente sangre de sus víctimas, y que se lo comió, chupándose luégo los dedos con

(1) De Santis.
(2) De Santis. – Raph. de Turris.
(3) De Santis. – Raph. de Turris. – Comte de Modéne.

(4) De Santis.
(5) De Santis. – Comte de Modéne. – Raph. de Turris. – Capecelatro MS. – Baldachini, etc.

(6) Capecelatro, MS.
(7) Capecelatro, MS.

bárbara é inaudita ferocidad (1). Trabóse entre las tropas y el pueblo un horrible combate; pero aquellas, sorprendidas, diseminadas, y sin órdenes á que atenerse, fueron vencidas y arrolladas en todas partes, y tuvieron que encerrarse y fortificarse en los cuarteles y en el palacio, y hacer allí una gallarda defensa.

Jamás el pueblo napolitano, aunque sin una sola cabeza que dirigiera sus operaciones, se mostró tan acertado en el ataque, ni tan tenaz en la pelea. Miéntras unas turbas combatian, aunque diezmadas por la arcabucería española, otras se apoderaron de la Aduana, y sacaron de ella gran cantidad de armas de fuego y cuatro mil espadas; y otras conducian artillería y la colocaban, no sin acierto, en los puntos desde donde podian molestar más al palacio y á los castillos; y otras, en fin, abastecieron el torreon del Cármen de vituallas, municiones y cañones gruesos.

El ardiente alborotador del barrio de Mortelle, Andrea Polito, de oficio batihoja, armó un peloton de sus vecinos, y con él sorprendió la cartuja de San Martin, y se apoderó de ella, poniendo en gran peligro el castillo de Santelmo, que está contiguo al monasterio, y colocando oportunísimamente cuatro piezas de artillería en aquellas alturas. En terrible aprieto iban poniendo al Virey y á las armas españolas las rápidas ventajas que aquel tremendo dia daba la ciega fortuna á la sublevacion. Y miéntras los españoles fortificaban á toda priesa el palacio, colocando falconetes en los balcones y azoteas, y atajando la plaza con cortaduras y faginas, sin cesar un momento el fuego, y estrechados sin respiro por las embravecidas turbas, el Duque pensó en abastecer el castillo, apretado y sitiado por todas partes, escasísimo de municiones y de vituallas, y dominado ya por los puestos populares establecidos en San Martin y en Pizzo-falcone. Mandó pues á las galeras, que por quitarse del tiro del torreon del Cármen se habian alejado bastante de la playa, que fueran á remo á la torre de la Anunciata y á Castelamare á recoger cuanto grano y harina hubiera en los molinos. Pero todo fué en vano: el pueblo conoció á lo que iban las galeras, y despachó emisarios que imposibilitaran su intento.

Llegaba la noche, no cesaba la pelea, ni cesaba un punto la fatiga universal. Y abatido y confuso el Virey, acudió al Cardenal arzobispo pidiéndole encarecidamente que saliese á probar la mano con el pueblo, tratando de calmarlo de un modo ó de otro, para salvar la ciudad y el reino todo de los horrores sin cuento que sobre él se precipitaban. No rehusó el Prelado la comision, y sin vacilar un momento recorrió á caballo las calles y plazas, acompañado de José Palumbo (que sin querer nunca ser el primero en el mando, conservaba prudentemente él mismo puesto y la misma reputacion que en tiempo de Masanielo), y sin evitar los sitios en que silbaban las balas y en que era más espantosa la carnicería, exhortaba á todos con ruegos y con lágrimas á la paz y á la tranquilidad. Vanos fueron sus esfuerzos, pues si bien halló, como siempre, en todas partes respeto y aun veneracion, no encontró en ninguna más que sed de sangre y de exterminio, y una especie de rabia infernal, que no dejaba lugar alguno á la razon. Trató varias veces de penetrar en Castelnovo para conferenciar con el Virey, pero le fué imposible conseguirlo; y rendido y horrorizado regresó á su palacio sin haber logrado nada, cuando ya estaba muy avanzada la noche. Esta fué tan espantosa como el dia que la precedió, pues no cesó el tiroteo, retumbando sin cesar los cañonazos y continuando las obras de ataque y de defensa á la horrenda luz de las llamas de los incendios.

CAPITULO V

Al dia siguiente, reunidos los distintos jefes populares, que separadamente y sin un plan determinado habian dirigido las felices y oportunas operaciones del anterior, trataron de buscar una cabeza suprema, que dando unidad al movimiento, utilizase las ventajas conseguidas; y resolvieron ponerse en manos del acreditado militar don Cárlos de la Gatta, el que, como dejamos dicho, defendió la importante plaza de Orbitello. Pero este leal caballero rechazó cuantas propuestas le fueron hechas, y se resistió tenazmente á ponerse á la cabeza de los sublevados; manifestando que no sólo sus dolencias y su avanzada edad se lo impedian, sino tambien su honra y sus juramentos. Desahuciados los revoltosos por hombre de tanta importancia, se desconcertaron, y volvieron los ojos á don Francisco Toraldo de Aragon, príncipe de Massa, maestre de campo general, acreditado últimamente por perito y esforzado guerrero en las revueltas de Cataluña. Grandemente sorprendió á tan ilustre personaje la eleccion del pueblo sublevado, y trató de eludirla con noble entereza. Pero el cariño de su mujer, jóven y hermosa, que cayó en poder de los alborotadores, custodiándola como rehenes de la decision del marido, y las secretas persuasiones de los confidentes del Virey, temerosos de que cayese el supremo mando en otras manos ménos fieles á la corona de España, le obligaron á aceptar, para evitar mayores males, la direccion suprema de una rebelion furibunda. No juzgamos, sin embargo, disculpada su aceptacion; porque creemos que el que no participa de las ideas y proyectos de las turbas que capitanea, tiene escasa fuerza para contenerlas y evitar males; y falta, con un especioso pretexto, á los deberes de la honra y de la conciencia. El príncipe Toraldo quiso tranquilizar la suya, y para conseguirlo, exigió una declaracion solemne de los jefes populares, que se extendió ante notario público y en toda forma, de que la sublevacion no era de modo alguno contra los derechos de la soberanía real (2).

Púsose pues á la cabeza del amotinado pueblo, y nombró su teniente de maestre de campo general á Onofre Désio, entendido militar, fiel á la corona de España, y sujeto de altas conexiones en el consejo Colateral y muy bien quisto del Virey: y acreditó en aquella ocasion su extrema sagacidad, navegando sin tropiezo en aquel mar tan borrascoso y tan erizado de escollos y de bajíos.

Reconocido por todos los barrios de la ciudad sin la menor contradiccion como capitan general del fidelísimo pueblo, don Francisco Toraldo montó á caballo con su teniente, y visitó todos los puntos militares, donde fué recibido con vivas aclamaciones. Al llegar al de la cartuja de San Martin, donde mandaba Andrés Polito, se sorprendió al ver que este hombre audaz habia concebido el proyecto de minar el castillo de Santelmo, y que llevaba ya no sólo comenzada, sino muy adelantada la obra, dirigida con inteligencia suma hácia la cisterna de la fortaleza. Y conociendo el peligro en que estaba punto tan importante, elogió el proyecto para inspirar confianza, y aprobó la ejecucion; pero para retardarla, manifestó que no debia apresurarse hasta que estuviesen hechos los preparativos necesarios para entrar con toda seguridad en el fuerte, de los que ofreció ocuparse sin demora. Y dió aviso secreto de la mina al castellano para que estuviera alerta, y al Virey para que mandara refuerzos.

Entretanto el duque de Arcos quiso tentar algun medio de concordia, y envió mensajeros al pueblo con una cédula de indulto, y con nuevas ofertas de observar la capitulacion. Pero todo en vano: pues no consiguió más que recoger nuevas pruebas de desconfianza y de desprecio, degradantes insultos á su autoridad, y atroces maldiciones á su detestada persona.

Con más fruto trabajaba el Cardenal-arzobispo: recorriendo desde muy temprano la ciudad, conoció el verdadero estado de los ánimos, y trató de sacar el partido posible. A pesar del aspecto terrible de la sublevacion en el dia anterior, y de las positivas ventajas que habia obtenido, no era tan unánime como parecia, ni tan compacta como se juzgaba; pues miéntras las turbas de proletarios y la gente verdaderamente acalorada combatian con buen éxito, y combatian sin cesar y encarnizadamente, la parte del pueblo que tenia algo que perder, los mercaderes, los curiales, los propietarios, deseaban que no pasasen las cosas muy adelante, porque aquel estado de agitacion y de guerra perjudicaba á sus intereses: y en ellos buscó el sagaz Prelado el apoyo de sus negociaciones. Logró, no sin trabajo, reunir en el convento de San Agustin una junta compuesta de gente granada, con los electos de los sediles y muchos capitanes del pueblo. Y allí, reconocido como príncipio de la nueva conmocion la ocurrencia del presidente Cenamo, se decidió que se propusieran al Virey nuevos artículos adicionales á las capitulaciones. Y que en ellos se expresase terminantemente: que todos aquellos, y sus hijos, cuyas casas y efectos habian sido quemados por el pueblo, saliesen desterrados para siempre del reino; que los signatarios del certificado en favor de Cenamo salieran de él por diez años, y que el pueblo pudiera castigarlos además á su gusto; que se concediese pleno indulto por los acontecimientos del dia anterior; que no se persiguiera á los que habian asaltado la Aduana y apoderádose de las armas que en ella habia; que se entregara al pueblo el castillo de Santelmo y que se guarneciera el palacio con tropas populares; con otras disposiciones aclaratorias, componiendo en todo cincuenta y ocho artículos. Y para que la negociacion pudiera entablarse con facilidad, dispuso la junta una suspension de armas el tiempo que duraran las conferencias. En señal de esta tregua enarboló bandera blanca el torreon del Cármen, fortaleza de los sublevados, y lo mismo hizo Castelnovo, adonde se dirigió Filomarino con general aplauso. Pero los sublevados que ocupaban á Pizzo-falcone, ó no vieron la señal, ó no quisieron sujetarse á ella, y atacaron el palacio con gran furia por la parte del jardin, ocupando las casas que lo dominaban. Apretado el general Tuttavilla, que tenia el mando de las tropas, pidió socorro al Virey; mas éste, perplejo é indeciso, como siempre, y temeroso de echar á perder la negociacion pendiente rompiendo la tregua, nada resolvió. Cuando un caballero español, que estaba á su lado miéntras se discutia vagamente en consejo pleno, levantándose impaciente, dijo con rostro encendido y acalorado acento: *¿Qué se espera?... ¿Queremos acreditarnos de cobardes y morir como gallinas?...* Palabras que, como dice el historiador Santis, despertando al Duque de su pesado letargo, le compelieron á dar la inesperada órden de que obrara la artillería de los castillos.

Los primeros tiros de Castelnovo bastaron para desalojar al pueblo de las inmediaciones del jardin. Y volviendo luégo la puntería á las calles del puerto, empezaron á causar grave daño en las masas populares allí reunidas. Los jefes de éstas, para obligar á que cesase el fuego, discurrieron levantar de pronto y de cualquier modo un dosel con el retrato del rey Felipe IV. Y como una bala lo echase por tierra, empezaron todos á gritar como energúmenos: que el Duque y los españoles eran traidores y reos de muerte por tan grave desacato, delito de lesa majestad (3).

Empezó Santelmo tambien á jugar su artillería con daño de los sublevados, que se agolparon al puente de los Angeles en Pizzo-falcone, adonde acudió confuso y turbado don Francisco Toraldo. Derribaron las balas algunos edificios, aumentando la confusion. Pero sin amilanarse los amotinados, empezaron por desquite á disparar sus cañones desde la punta de Trevico contra Castelnovo, contra el castillo del Ovo y contra las galeras. Y estas, acosadas además del fuego del torreon del Cármen, zarparon apresuradamente, y fueron á fondear detrás de la isla de Nisida, en la punta de Posilipo.

El cardenal Filomarino, que por estos imprevistos acontecimientos no pudo llegar á Castelnovo, adonde dijimos que desde el convento de San Agustin se dirigia, refugióse en casa de Cornelio Spinola, y desde allí envió al Virey cuatro diputados de los que asistieron á la reunion, con los artículos en ella acordados, y con ardientes ruegos de que no retardase la aprobacion. El Duque, reanimado con este mensaje, vió un rayo de esperanza, y volvió á enarbolar la bandera blanca, dando á todos los puestos órden terminante de dar fin á las hostilidades.

Andrea Polito entre tanto apretó el castillo de Santelmo, y avanzó la mina, obligando al valiente gobernador Galiano á pedir instrucciones y socorros al Virey. Y como este no le contestase, trató aquel leal y valeroso castellano, no sólo de defenderse, sino de caer con toda su fuerza sobre el sitiador. Detuviéronle algunos personajes de alta categoría, que estaban allí refugiados, y más que todo las señales de paz que vió enarboladas en Castelnovo.

Don Francisco Toraldo, por otra parte, de acuerdo con el Virey, tambien trabajaba por restablecer la tregua. Y poco á poco iba consiguiendo poner en razon á las turbas, y hacer cesar el fuego y las hostilidades. Y envió á su teniente Désio á avistarse con Polito, de quien era amigo, para hacerle desistir del empeño de la mina, con reservadas ofertas de dinero, de mercedes, y de una mitra para un hijo fraile que tenia. Con lo que, amansado el patriota incorruptible, se disipó por entónces aquel peligro (4).

Cesó por fin en todos los puntos de la ciudad la pelea, lo que agradó mucho á cuantos la paz de buena fe deseaban. Pero el duque de Arcos no envió en todo el dia la ratificacion de los artículos propuestos; lo que volvió á encender los ánimos, culpándole todos, con voz unánime, de los desastres que apuraban á aquella infeliz ciudad.

No eran más venturosas las provincias del reino. En todas se habia considerablemente desarrollado la anarquía. Y en Chietti y en Lanciano ocurrieron lastimosos desórdenes, y se regaron las calles con sangre. Y la ciudad de Capua, plaza sobre el Volturno, fronteriza al estado romano, y hasta entónces tranquila, se tocó del contagio general, obligando á la guarnicion, muy disminuida, á encerrarse en los cuarteles, y á presenciar en inaccion el desenfreno del populacho y los horrores de la sublevacion. Estas noticias abatieron más y más al duque de Arcos, y aumentaron su funesta perplejidad.

CAPÍTULO VI

Al amanecer del 29 de agosto, como nada hubiese aún resuelto el Virey, continuó el pueblo los aprestos de ataque, sin curarse de la tregua. Donde más preparativos hostiles se agolparon aquella noche fué en San Martin, porque la empresa favorita de los sublevados, y tenian razon, era el ataque de Santelmo. Y concurrieron á ella á la primera luz del dia más de cincuenta mil hombres, armados y preparados para en cuanto volase la mina (que creian más adelantada, porque ignoraban la mudanza de Polito), arrojarse al asalto. El gobernador Galiano, conociendo el peligro en que estaba la fortaleza, aunque aquella noche habia sido socorrida por el Virey, aumentando el número de oficiales con sujetos de acreditado arrojo, hizo señales á Castelnovo. Y como no recibiese respuesta, hizo salir por una poterna disfrazado al alférez don Alfonso de Céspedes para que fuera á abocarse con el Duque. Llegó aquel felizmente á Castelnovo, y encontró á este muy apurado porque los sublevados habian levantado aquella noche una trinchera en la calle del Olmo, y colocado en ella dos gruesas piezas de artillería, que podian destrozar la puerta de Castelnovo y derribar la cortina, aumentando el peligro el haber tomado el mando de aquel puesto Octavio Marchesse, inteligentísimo artillero. Reclamó el Duque contra aquella infraccion del armisticio, y le fué contestado que la obra estaba hecha desde el dia anterior. Pero no satisfecho, y alarmado con las noticias que le trajo Céspedes, avisó secretamente de todo á don Francisco Toraldo y al Arzobispo para que pusiesen remedio. Y quejóse públicamente á los diputados, que habian venido al castillo y pasado allí la noche, de esta falta de buena fe.

El Capitan general del pueblo montó inmediatamente á caballo para acudir al mayor riesgo. Fué á la cartuja de San Martin. Allí consiguió, ayudándole con maña y sagacidad el mismo Andrea Polito, calmar el ardor de la muchedumbre. Con argumentos tomados de la ciencia militar, logró persuadirles, que tanta gente y tanta confusion no servian más que para hacer imposible la empresa. Y dispuso que se retirase de allí aquel inútil y embarazoso gentío, quedando sólo las tropas armadas, que dijo bastaban. Dióles por jefe la persona que le pareció más á propósito para tranquilizar los ánimos, y nombró compañero de Polito, para proseguir la mina, á un ingeniero llamado Avellone, amigo de Désio, y con instrucciones reservadas para detener la operacion. Tambien cambió la guarnicion del monasterio, so pretexto de que debian de volver á sus casas á descansar los pelotones que hacia tres dias estaban allí padeciendo gran escasez de agua. Y cuidó de introducir otros de gente ménos alborotada, con cabos más maleables. Lo mismo hizo con los demás puestos populares, recorriéndolos todos con muestras ardientes de celo por la sublevacion, pero realmente para debilitarla.

Manifestóle su teniente Désio que miéntras concurriesen sólo á las armas la gente perdida y las turbas proletarias era imposible ningun razonable concierto, y que convenia obligar á tomarlas y á concurrir á los puestos á los ciudadanos acomodados, mercaderes, curiales, etc., para tener en ellos, interesados en la pública tranquilidad y en el fin de aquellos trastornos, un apoyo y una prenda de órden. Conoció Toraldo lo sagaz y oportuno de la idea, y publicó un bando llamando á las armas á todos los habitantes de la ciudad, para que entre todos se repartieran las fatigas y las glorias. Disposicion que agradó mucho al populacho, no conociendo que contra él estaba precisamente dictada.

El cardenal Filomarino, por otro lado, conferenciaba con unos, hablaba con otros, y reunia otra vez en San Agustin las personas más influyentes. Y como todos se quejaban de que hacia ya veinticuatro horas que el Virey tenia en el castillo los emisarios, que habian ido á tratar la nueva avenencia, sin que nada resolviera, le escribió y envió varios mensajeros, que no consiguieron por cierto activar la negociacion.

Entre tanto los diputados negociadores quisieron con disimulo conquistar á Julio Genovino, que estaba refugiado en Castelnovo, y trataron de abocarse con él; bien que efectivamente creyesen necesarias aún á la sublevacion la sagacidad y experiencia de aquel viejo, bien que quisieran haberlo á la mano para ejecutar con él su venganza. Pero Genovino, como zorro experimentado, eludió toda entrevista, y contestó á las propuestas que con gran reserva le hicieron, que no se fiaria jamás de la instabilidad de un pueblo ingrato, que habia desconocido sus servicios. Pocos dias despues, el Virey lo embarcó para Cerdeña; de allí quiso ir á Madrid; y de arribada en Mahon, murió abrumado de años y de traiciones (1).

Aquella mañana, aprovechándose de la tregua, que, aunque tan mal observada, existia, salieron de Castelnovo el prior de la Roccella, el gran cruz Juan Bautista Caracciolo y el duque de San Pedro, muy desabridos con el Virey, que los trataba con poco miramiento (2). Pero cuando creian, no habiendo con ellos odio particular, que los dejarian tranquilos en sus casas; el populacho dió sobre ellos, queriéndolos hacer pedazos, y los llevó ante don Francisco Toraldo para que los mandase ahorcar. Horrorizado este, trató de convencer á la turba de que aquellos caballeros eran habitantes pacíficos y no criminales, y que aun cuando lo fueran, la tregua los amparaba. Pero se armó tal griteria y se desmandaron tanto aquellos furiosos, llamándolos espías y traidores, que corrieron gran riesgo. Y sólo los salvaron las lágrimas y ruegos de la hermosa princesa de Massa, logrando que se los entregasen á ella en calidad de presos, ofreciéndose á ser su carcelera (3).

No fué tan dichoso don Juan de Sanfelices, padre del que afortunadamente pudo libertarse de la muerte, que provocó su imprudencia. Estaba este buen anciano en una iglesia extramuros, fué reconocido, y trató de esconderse en un corral inmediato. Las mujeres de la casa creyeron que era un ratero, y la emprendieron con él á pedradas. Díjoles en mal hora su nombre, ofreciendo regalarlas largamente si lo ocultaban y le salvaban la vida. Y ellas, enfurecidas, lo asaltaron con los utensilios caseros, y lo amarraron hasta la llegada de los maridos, á quienes lo entregaron ufanas de su ferocidad. En poder de los hombres fué conducido, apurando insultos y golpes, á presencia de Toraldo, que por más esfuerzos que hizo, no logró sacarlo de manos de la canalla; pues llevándoselo esta, viendo que nada conseguia del Capitan general, á la plaza del Mercado, le cortaron la cabeza, arrastraron el tronco por las calles, abandonándolo por último en un muladar.

Se hallaba la ciudad de Nápoles en una situacion sin nombre. Existia una tregua, y no se peleaba, es verdad, pero no cesaban las otras hostilidades; pues seguian con actividad suma en todas partes las obras de ataque y de defensa. Y miéntras el Virey nada resolvia, y los diputados del pueblo permanecian en Castelnovo, y la reunion del convento de San Agustin no se disolvia, el pueblo se entregaba desenfrenado á particulares venganzas, y á saquear é incendiar los palacios de los nobles y de los altos funcionarios, refugiados en los castillos. Continuaba tambien la mina de Santelmo, pero dirigida segun las buenas intenciones de Toraldo. De lo que ignorante el valiente Galiano, y advirtiendo que le andaban ya en los cimientos de la fortaleza, se dispuso á practicar la contramina, y á preparar tantos medios de defensa, que notándolo la gente del pueblo, empezó á gritar, reclamando la observancia de la tregua. Contestóles vigorosamente el castellano, que él obraba segun obraban sus enemigos. Y avisó de todo, pidiéndole instrucciones, al Virey, que nada le contestó.

Fué víctima de aquel estado de anarquía el desdichado presidente Cenamo. Estaba oculto desde que huyendo del motin se retiró, como dejamos referido, del tribunal, en una casa de Pizzo-falcone, donde no encontrándose ya seguro, trató de salir para buscar en la playa de Santa Lucía una barca que lo condujera á Sorrento, donde estaba su familia. Metióse en una silla de manos, con las cortinillas echadas, y por mayor precaucion se cubrió el rostro con un pañuelo. Pero de poco le valió: al llegar á Santa Lucía fué reconocido, y detenido por un peloton del pueblo que lo quiso matar. Ayudado de algunos amigos y valedores, y del favor de Onofre Caffiero, influyentísimo en aquel barrio, logró hallar asilo en una casa, adonde pronto vino á buscarle una turba de asesinos. Noticioso de ello el Virey, mandó salir algunos soldados de palacio, que nada consiguieron, pues se apoderó al cabo el feroz populacho del desventurado presidente, y dilatándole una terrible agonía entre los más groseros insultos y los más dolorosos golpes, le cortaron la cabeza en el Mercado, arrastrando y mutilando el cuerpo, que abandonado luégo bajo el puente de la Magdalena, sirvió de pasto á los perros y á las aves de rapiña (4).

Despues de tantas consultas y dilaciones, manifestó por fin el duque de Arcos á los diputados del pueblo que no podia convenir con el artículo en que se pedia la entrega del castillo de Santelmo, por las razones expuestas cuando otra vez se hizo la misma peticion; ni acceder al otro en que se pretendia desalojar á los españoles de la guardia del palacio, porque seria esto un desaire para las tropas del Rey. Salieron de Castelnovo los diputados con esta repulsa, que divulgada por el populacho, le hizo prorumpir en furibundos alaridos de guerra, y correr á las armas, dando la tregua por terminada. Pero el activo Cardenal-arzobispo, los hombres que deseaban la paz y los jefes populares que se avenian á la razon, y que estaban verdaderamente subordinados al general Toraldo, calmaron aquella efervescencia, y se reunieron de nuevo en San Agustin. La idea de si el apoderarse del castillo de Santelmo era ó no acto de rebelion, se discutió detenidamente. Y se hizo una consulta de letrados para dilucidarla, opinando estos que sí, como igualmente que el Virey no tenia dominio sobre los castellanos, porque la autoridad de estos procede directamente de la corona, con lo que casi todos los concurrentes se pusieron de acuerdo. Pero como no faltaban en la junta algunos díscolos, interesados en que continuara el desórden, y empujados tal vez por los agentes extranjeros, no se convinieron con la decision; persistiendo furiosos en que se rompiese la negociacion, y se obtuviese por la via de las armas lo que se deseaba. Acaloróse el altercado entre unos y otros, ayudado de la griteria de la turba, que hervía en las calles circunvecinas, cuando uno de los presentes, que era letrado, clamó en alta voz: *Señores, ¿queremos ó no ser vasallos del rey de España? Si lo queremos, mostrémoslo con las obras, y hagamos una honrosa sumision; si no, rompamos el juramento de fidelidad, y aventurémoslo todo en una guerra de rebeldes.* Pasmó á todos la cuestion planteada en términos tan explícitos, y Mateo Jovele, mercader de sedas, levantándose y dominando la asamblea toda con una voz de trueno, contestó: *Sí, señor, queremos ser vasallos del rey de España; pero queremos ser bien gobernados.* Aplaudieron todos la respuesta, y aprovechando el momento Désio, el teniente de Toraldo, dijo: *Pues si somos y queremos ser vasallos del rey de España, sometámonos al Virey, que lo representa; y aseguremos el buen gobierno con la capitulacion, cumpliéndola todos de buena fe.* Convino la junta, siguió la discusion tranquila y sosegada, y se determinó en ella desistir de la exigencia de Santelmo y de la guardia del palacio, y rogar al Virey de nuevo la aceptacion de los otros artículos (5).

Fueron á Castelnovo con noticias de lo ocurrido dos diputados, el hijo de Polito, que debia ser obispo, y el clerigüin Fattorusso, de quien ya hemos hecho mencion en esta historia. Y Désio y Marchesse montaron á caballo y recorrieron la ciudad con pañuelos blancos en los bastones, gritando paz. Pero al llegar al puesto de Pizzo-falcone, donde estaba la gente más alborotadora, fué tal el disgusto por tan grata nueva, que apoderándose aquellos furiosos de Désio, porque tropezó su caballo y no pudo huir, como lo verificó Marchesse, llamándole traidor y engañador del fidelísimo pueblo, se dispusieron á ahorcarlo. Ya estaban preparados el confesor y el verdugo, cuando llegaron oportunamente el príncipe de Celamare y el marqués de Oliveto, señores muy queridos en Nápoles, y los plebeyos Onofre Rosmundo, Genovino Ottone y Pedro Cano, y le salvaron la vida, gritando á los que lo iban á matar: que la paz estaba ya ajustada, y que si ellos querian otra cosa, se fuesen á sus casas, porque toda la ciudad estaba de acuerdo para que no hubiera más guerra.

Tambien la noticia de la paz llegó á Santelmo, justamente en el momento en que escamado del bullicio y movimiento general, se preparaba Galiano á poner en juego su artillería. El electo Arpaya fué el que le llevó la nueva, arbolando un ramo de olivo para que le dejasen penetrar en los puestos y los rastrillos.

CAPITULO VII

Mucho contentó al duque de Arcos el que el pueblo desistiera de su empeño de apoderarse de Santelmo. Y para asegurar tan favorable resolucion exigió del príncipe Toraldo que se hiciera acto público, en que se extendiera en debida forma el desistimiento de aquella peticion, con pena determinada para el que la reprodujese. El Capitan general del pueblo, por complacer al Virey, convocó inmediatamente otra reunion en San Agustin, en donde se extendió el instrumento con las formalidades de estilo, firmado por el electo del pueblo, y condenando á la pena de los rebeldes al que volviese á hablar de apoderarse del castillo. Y publicóse en seguida á són de trompeta por toda la ciudad.

Pero entre tanto, un peloton de pueblo habia concluido una trinchera en la calle de San Bartolomé, contra la puerta principal de Castelnovo, y otras obras importantes de ataque contra el palacio, en la calle de Toledo y en la bajada de Pizzofalcone. Lamentóse amargamente de esto con los diputados el duque de Arcos, manifestándoles que faltando así á la tregua, era imposible toda negociacion; y que cuando era él el primero en solicitar la paz, hostilizar con tanto descaro el castillo manifestaba poquísimo deseo de avenencia. Convencidos los diputados, salieron á hablar con los jefes de aquellos puestos para hacerlos entrar en razon. Y como respondieran que hacian aquellos preparativos porque los españoles no cesaban de hacer los suyos, y que aquella misma noche habian hecho reparos y cortaduras en el jardin de palacio y aumentado su guarnicion; dispuso el Virey, para que se desengañaran de que era falso cuanto decian, que entraran dos de ellos á reconocer el puesto. Hiciéronlo así, y viendo que todo estaba como ocho dias ántes, se sosegaron. Toraldo, de acuerdo con el Virey, aprovechó la coyuntura, y logró persuadir á todos, que pues se iba á firmar la paz, y que los españoles, seguros de ella, no aumentaban sus reparos, eran ya inútiles aquellas obras; que las zanjas, espaldones y empalizadas tenian la ciudad intransitable, con grave perjuicio del vecindario, y que lo mejor era destruirlos y allanarlos. Mucho dolia al pueblo el hacerlo así; pero viendo que los españoles empezaron á derribar sus obras de defensa, que sin duda cuidarian de hacerlo con las que eran inútiles ó de pronta reparacion, y persuadidos de que era preciso dejar expeditas las calles para las fiestas con que debia celebrarse la paz,

(1) De Santis.

(2) De Santis. – Capecelatro, MS. – Comte de Modéne. – Raph. de Turris.

(3) De Santis. – Capecelatro, MS.

(4) De Santis. – Capecelatro, MS.

(1) De Santis. – Raph. de Turris.

(2) Capecelatro, MS.

(3) De Santis.

(4) De Santis.

(5) De Santis.